

VII CONGRESO INTERNACIONAL DE CONVERGENCIA, MOVIMIENTO LACANIANO POR EL PSICOANALISIS FREUDIANO

Barcelona , 24, 25,26 y 27 de mayo de 2023

¿Qué ética para la práctica psicoanalítica en la actualidad?

La práctica analítica en la era digital. ¿Otra ética?

Adriana Bauab

Agradezco a los organizadores. Me resultó sumamente interesante la convocatoria a este Congreso, las preguntas formuladas para reflexionar sobre las transformaciones acaecidas en estos últimos tiempos, y sobre el lugar que en ellas le concierne al psicoanálisis y su ética. Una de ellas dice así: Siendo que las sesiones online se han ido generalizando ¿cuáles son las consecuencias sobre nuestro acto y sobre la elaboración de los analizantes?

El psicoanálisis, su práctica, su desarrollo y su transmisión arraigan en algunas invariantes, andamiaje de la ética que lo anima. Sin embargo requiere a los analistas ser permeables a las variantes de su tiempo, marcadas por las coordenadas de la subjetividad de la época.

Las transformaciones que impuso al psicoanálisis la irrupción del Covid 19 y sus consecuencias persisten hasta nuestros días. El aislamiento social que ello impuso aceleró la inclusión en los análisis de los *gadgets* que con sus pantallas y dispositivos auditivos, se convirtieron en ocasiones, en herramientas imprescindibles para su práctica.

Esto me llevó a trabajar desde hace algunos años sobre dos objetos de la pulsión – la mirada y la voz- que guardan un lugar hegemónico en la dirección de la cura, en mi parecer, por ser los que abogan por el deseo. Tomando en cuenta particularmente como se ponen en juego en las sesiones online.

Por el momento es cierto que estos dispositivos, facilitaron la continuidad de nuestro hacer. Sin embargo titila en el horizonte aquella pregunta que nos dirige Lacan en la Tercera conferencia que da en Roma: *El porvenir del psicoanálisis depende de lo que*

ocurra con ese real. ¿Los gadgets se desbocarán verdaderamente? ¿Llegaremos nosotros mismos a ser animados por los gadgets?. Me pregunto: ¿Qué real viene de la mano de esos dispositivos tecnológicos, y la inteligencia artificial?

El amar, el trabajar, el lazo con los otros que antes se nutrían de lo presencial, se trasladó en gran parte a un universo virtual que modificó drásticamente su dinámica.

En la actualidad diversas latitudes, diversas acentuaciones de una misma lengua, distintos idiomas calan en lo más hondo del análisis. Y la camarita entra en los hogares de los analizantes. Cuando es el hogar... y no es el automóvil, o el balcón, o una plaza donde transcurre la sesión. Los dispositivos comienzan a jugar un papel significativo en la escucha. Así una analizante al comenzar una sesión en que su voz salía casi inaudible decía: "Tengo el volumen bajo", lo que dio lugar a mencionar su reducido volumen corporal, muy menudita su figura y recordar lo poco que se la escuchaba en su familia de origen cuando quería tomar la palabra. Otra analizante, en su horario de sesión me llamó sin accionar la cámara. Qué fallido!, dijo. Respondí que tal vez era hora de deponer la mirada. Apagar la cámara o que el analizante mire hacia la lontananza es un equivalente a dar rienda suelta al inconsciente. Es resguardar la gran invención freudiana, subversión del espacio, el diván – dire vent- donde las palabras en la asociación libre, no se las lleva el viento, sino que importan en lo real.

Y esto creo es lo que sostiene la ética del psicoanálisis. El valor hegemónico de la palabra, elevada a significante que en su insistencia va a dar a leer la letra, litoral entre el deseo y el goce.

El estricto encuadre soportó un cambio decisivo. La situación analítica como me gusta llamarla, siguiendo al Lacan de "La dirección de la cura", inaugura un espacio y un tiempo extramuros, donde lo que se juega es un decir.

El análisis en su desovillar significante construye y atraviesa el fantasma que habita al sujeto, compuesto por restos vistos u oídos, cuando aún no disponía de su palabra, del hacerse escuchar.

Miradas humillantes, crueles o críticas. Voces hostiles, que truenan o gruñen son el cañamazo del bastidor en el que se teje el fantasma. El fantasma del célebre texto “Pegan a un niño” se despliega en quien nos consulta y nos hace saber de su penar demás, de ese goce que asienta más allá del principio del placer.

El ser pegado, humillado, castigado por un progenitor, ocasiona un goce, ignorado, parasitario, pero goce al fin y es la savia que nutre la repetición de ese padecer en otros escenarios, con otros personajes.

Sólo recordar la mirada aterrizante de los lobos del sueño repetitivo del paciente ruso de Freud, Serguei Pankeyev. Así se refiere Lacan a esto cuando nos dice: *Si ese sueño de repetición adquiere toda su importancia y Freud lo elige como central es porque es el fantasma puro develado en su estructura. Se trata de la relación del fantasma con lo real.*

Es decir con el goce que retiene al sujeto. ¿De qué mirada se trata en esa otra escena del análisis? ¿De qué voz cuando no es la del superyó? ¿Es el deseo del analista un saber hacer con la mirada y la voz?

La mirada que se pone en juego en el análisis es una mirada pacificadora, es la que cumple la función cuadro. Ni medusante, ni paralizante, no es la del mal de ojo, o la de la envidia. Se trata del fondo civilizador, del factor de sosiego y encantador que opera la función cuadro en la transferencia. Como en la pintura de Rene Magritte “La condición humana”, habilita al sujeto a pintar otro cuadro para su existencia.

Un recorte de la clínica:

Ernesto ha emigrado con su mujer y sus dos hijos pequeños a una ciudad del extranjero, luego de algún tiempo, decide comenzar un análisis que transcurrirá a través de videollamadas.

Relata cambios permanentemente de trabajo, en más de una ocasión provocados por él, en la búsqueda de alguno que lo satisfaga. Cada vez se le hace más difícil concurrir a la oficina por el malhumor y el fastidio que le ocasiona. Describe manifestaciones en el cuerpo como sensaciones de falta de aire, ardor pectoral y una dermatitis seborreica en la frente y cara que le causaba muchas molestias. Sus síntomas aparecen cuando tiene que reportar

de su trabajo a un superior, no soporta esa tensión y el cuerpo lo manifiesta. Dice que trabaja mucho pero no se ve.

Su padre se había deprimido luego de haber sido despedido de una empresa en su mediana edad. Lo recuerda callado y crítico para con él. Su madre no desperdiciaba oportunidad para quejarse y lamentar su decisión de ir a buscar horizontes en otro país.

En una sesión cuenta que soñó con su jefe pero que no se acuerda del contenido del sueño. Dice tener que buscar una postura diferente en el trabajo, no sabe cuándo hablar y aunque a veces disiente termina callando su opinión y entonces siente ese ardor en el pecho y el sudor en la frente. Cree que ver a su jefe como un padre que lo juzga.

Hablando de esto, de pronto exclama: recordé el sueño. Allí podía decir lo que quería, lo enfrentaba al jefe, diciéndole en que disentía. Y se sentía aliviado.

El sueño, vía regia al inconsciente, expresa un deseo, de encontrar una postura – ¿acceder a un semblante? - que le permita decir lo que siente especialmente en el trabajo donde presenta más dificultades. Decir con palabras lo que su frente y su cuerpo manifiestan con esos síntomas tan molestos.

Síntomas que van cediendo a medida que el análisis avanza.

No ceder en el deseo, leerlo a la letra, prescripción de la ética del psicoanálisis que más allá de la tecnología empleada sostiene el acto analítico en la apuesta por el sujeto.